

M'Cosh se vió llamado á una posición más elevada, siendo elegido para desempeñar el cargo de presidente del colegio de Princeton, en los Estados Unidos.

El carácter del caballero cristiano, no puede describirse mejor que con estas palabras de San Pablo, en su Epístola á los Corintios: « La Caridad (ó Amor) sufre mucho y es buena; la Caridad no envidia; la Caridad no se vanagloria, no se enorgullece, no se conduce con indecencia, no busca su provecho particular, no se deja provocar fácilmente no piensa mal, no se regocija en la iniquidad sino en la verdad; lo soporta todo, lo cree todo, espera en todo y lo sobrelleva todo; la Caridad no yerra nunca ¹. »

El hombre que obra en conformidad con estas palabras, observa necesariamente la conducta más elevada: « El único verdadero refinamiento, el que se arraiga profundamente en el carácter, proviene de la Caridad ó Amor cristiano. Si este espíritu fuese universal, no podría encontrarse un hombre rudo, ni un campesino grosero, ni un obrero de espíritu bajo ². »

El tercer conde de Balcarres tenía particular devoción á Santiago y se deleitaba en su Epístola Católica, llena de energía caballerescas, término que implica en toda su acepción la excelencia y perfección cristianas. Decía Gett, del cuarto conde, de un modo característi-

1. I Corintios XIII. 4-8. Una señora conocida nuestra, nos ha indicado el salmo XIV, en que se describe también al verdadero caballero.

« El que anda con rectitud y trabaja con probidad, y habla la verdad en su corazón. El que no murmura por detrás con su lengua, ni causa perjuicio á su vecino, ni le dirige reproches. A sus ojos es digna de desprecio toda persona vil. El que jura á su prójimo y no le engaña.

2. El reverendo Federico Robertson.

co: « Balcarres, nos deja cuando estamos en la prosperidad, pero nos permanece fiel en el peligro; éste es su rasgo distintivo. »

El cardenal Manning, cuando hablaba de los peligros posibles de Inglaterra, mencionaba los cuatro mares y las cuatro virtudes. Decía que no pondría su confianza en los cuatro mares ni en la plateada faja, sino que se confiaría en las cuatro grandes virtudes nacionales: la prudencia, que perfecciona el entendimiento; la justicia, que hace perfecta la voluntad; la templanza, que enseña á los hombres á dominarse ante los halagos del placer, y la fortaleza, que los hace fuertes en el sufrimiento y en las dificultades.

La verdadera urbanidad cristiana es la alegría. Sienta bien á los viejos y á los jóvenes, y siempre es agradable. Es la mejor compañera, pues adorna al que la posee más que los rubíes y diamantes engastados en oro. No cuesta nada, y su valor es sin embargo incalculable, porque hace feliz á su poseedor, y derrama abundante felicidad en el seno de los demás. Aspira á ser el lado más brillante de la naturaleza humana. Evita las acusaciones y es clemente en sus juicios sobre los demás. En la conversación escoge habitualmente motivos interesantes, en vez de faltas y pequeñeces. Difunde las buenas palabras, se complace en los buenos pensamientos, y suaviza por todos los medios el trato social. La alegría es la belleza del espíritu y, como la belleza personal, lo conquista todo. Sin embargo, nunca envejece, porque no hay nada tan hermoso como la alegría en un rostro anciano.

« Un corazón alegre, dice Salomón, comunica alegría al semblante »; y en otro lugar: « Un corazón alegre hace tanto provecho como una medicina. » La

satisfacción interior, es indispensable para la vida humana, y es por muchos conceptos el origen del éxito. El espíritu debe mantenerse flexible para poder imponerse á los caprichos, y vencer las dificultades que se presentan en las grandes empresas. En realidad, la felicidad significa el contento del espíritu, la pureza del corazón y una disposición buena y amable. También significa humildad y caridad, una apreciación generosa de los demás y una modesta apreciación de sí mismo. No hacen tanto bien las grandes acciones, como las ligeras pruebas de consideración en el trato diario, las tranquilas virtudes de todos los días, la simpatía y moderación cristianas y las buenas cualidades de los parientes y amigos. Los riachuelos son de mayor utilidad que las tumultuosas cataratas; los primeros recrean con su curso tranquilo y agradable; las últimas llevan consigo la ruina y la destrucción. Lo mismo sucede con los actos de nuestra vida diaria.

La simpatía es el disolvente universal. Nada se comprende sin ella. No es posible ser tolerante con los demás, sin ayuda de la simpatía. La capacidad que pueden adquirir los hombres, varía según el grado de simpatía que despiertan. Cuando ésta falta, los esfuerzos hechos para mejorar ó formar el carácter cristiano, fracasan casi invariablemente. Muchas personas se pasean por la estrecha tabla de su propia satisfacción, meditando sobre su propio mérito, sin pensar un instante en los que tienen derecho á su ayuda. El miedo de abandonar su estrecha tabla, les ha encadenado á una mediocridad rastrera. Así tenemos grandes fanáticos y grandes censores, y todo esto nace de la falta de simpatía. Sin embargo, la simpatía es la

esencia del cristianismo. El «amáos unos á otros,» es una frase sencilla, pero contiene una enseñanza capaz de renovar el mundo. Las últimas palabras que el juez Talfourd pronunció desde el banco inmediatamente antes de morir, fueron las siguientes: « Si me preguntasen cuál es la mayor necesidad de la sociedad inglesa en todas sus clases, lo diría en una palabra. esta necesidad es *la simpatía* ». Y con la palabra simpatía temblando aún en sus labios, abandonó el mundo el espíritu de Talfourd.

El carácter del caballero implica una elevación de conducta por lo que toca á las leyes morales y á los preceptos de la religión. No debe contraer deudas si no tiene medios de pagarlas. Debe desdeñar el ser deudor de otros, que son sin embargo más pobres que él, por lo que toca al vestido y al sustento. Sólo el elegante ó presumido (caricatura del caballero) se adorna con trajes ostentosos y falsa joyería. No es más que un hipócrita, aunque se ha dicho que la hipocresía es un tributo que el vicio paga á la virtud; y sin embargo, su pretensión de hacer pasar lo falso por lo real se comprende generalmente.

Los caballeros se reconocen entre sí. Se miran mutuamente y se estrechan la mano. Se conocen intuitivamente. Aprecian los méritos respectivos. Éste era uno de los rasgos característicos del doctor Chálmer, su exquisita y amable apreciación de la superioridad de las personas. Reconocen mutuamente su bondad y su compasión. Un caballero será compasivo con su perro; el presumido no lo es ni aun con su esposa. El caballero es tan agradable como benévolo. Es generoso, no necesariamente por dar dinero, pues el dinero dado sin reflexión hace con frecuencia más

daño que provecho. Pero procura ser discreto y cuidadoso en sus actos de generosidad.

La verdadera grandeza de un hombre, consiste en un honrado y consciente método de vida. Este se funda en la propia estimación, en el frecuente examen de sí mismo, y en la obediencia constante á la regla que se sabe hay que seguir. La experiencia demuestra que llegamos á ser lo que nos hacemos nosotros mismos. Cada hombre graba en sí mismo el sello de su verdadero valor, pues somos grandes ó pequeños conforme á nuestra voluntad. Trabajemos por ser honrados, buenos y francos, y poco á poco llegaremos á ser lo que deseamos; y lo que era antes difícil, lo irá siendo cada vez menos. La actividad, la bondad, la benevolencia y la templanza crecen con el uso, y lo que se efectuaba antes con esfuerzo, se vuelve fácil y natural. Así puede un hombre hacerse generoso, justo, simpático y magnánimo, cortés, político, tolerante y caballeresco.

El verdadero caballero se conoce por la idea estricta que tiene del honor, por su simpatía, su nobleza, su clemencia y generosidad. Es esencialmente un hombre veraz, que habla y obra con rectitud, no sólo en público sino en su conducta secreta y privada. La franqueza es una especie de transparencia moral. Por esto el caballero no promete nada que no tenga medios de cumplir. El duque de Wellington declaraba con orgullo que la verdad constituía el carácter del oficial inglés, y que cuando estaba ligado por una palabra, no era capaz de faltar á ella; porque el caballero tiene muy á menos faltar á la verdad, en sus palabras ó acciones, y está dispuesto á afrontar todas las consecuencias, antes que rebajarse con la mentira. « *Le*

bon sang ne peut mentir », dice el viejo proverbio francés ¹.

El empleo tolerante del poder, es uno de los más seguros atributos del verdadero caballero. No quiere usar de su autoridad de un modo culpable, y libra de la opresión á los que están sujetos á él. ¿Cómo se porta con los que son sus iguales ó están bajo su autoridad, su esposa, sus hijos ó sus criados? ¿Cómo se conduce el oficial con sus soldados, el maestro con sus discípulos, el patrón con sus dependientes y el rico con los que son más pobres que él? El uso tolerante del poder, en estos casos, proporciona la piedra de toque más verdadera del carácter en los hombres y en los caballeros.

El caballero, en su apreciación de los demás, necesita mantenerse bajo una estricta fiscalización. Los romanos empleaban la palabra *virtus* para designar la virilidad, el valor y la virtud. No puede haber *virtus* sin dominio de sí mismo. Los deseos egoístas deben ser restringidos, y dominados los instintos bajos. Por esta razón, debe contarse la templanza entre las virtudes de un caballero. Porque esta virtud tiende á mantener la inteligencia clara, la moral pura, y el cuerpo saludable. Se ha dicho que la virtud de la prosperidad, es la templanza, y la virtud de la adversidad, la fortaleza.

Es un verdadero caballero, cualquiera que sea su situación en la vida, el que posee y practica las cualidades más amables, lo soporta todo pacientemente, trata á los demás respetuosamente, muestra sim-

¹. Viene á significar lo mismo el refrán español: *De casta le viene al galgo el ser rabilargo*. — (N. del T.)

patía á los que están tristes y á los que sufren, y hace con todos lo que quisiera que hicieran con él. « En el honor, debe uno preferirse á los demás »; es una regla sagrada, y es también la ley de la buena educación. « Honra á todos los hombres. » « Sé cortés. » La cortesía, no es sino el pago de la deuda del respeto de sí mismo. No digáis sino buenas palabras, y no oiréis sino buenos ecos. San Francisco de Asís, decía muy justamente: « ¿No sabes que la cortesía es una de las cualidades de Dios, que esparce la lluvia y el sol sobre el justo y el injusto en virtud de su gran cortesía? Verdaderamente, la Cortesía es la hermana de la Caridad, que destierra el odio y ama el Amor. »

El caballero es tan justo como firme. Hace bien lo que debe hacerse bien. Perdona ó se resiente, según conviene, pero no es nunca vengativo. Está dispuesto á imitar á Sócrates respecto á este punto. Dijo uno al sabio: « ¿Puedo morir sin haberme vengado de ti? » A lo que respondió aquél: « ¿Puedo morir sin haberme hecho tu amigo? »

El caballero es amable, pero no miedoso. Es valiente, y ayudará á su vecino en el mayor riesgo. La raza de los héroes no se ha extinguido. Hay muchos en todas las clases sociales, que arriesgarían su vida para ayudar á un hombre ó á una mujer que se ahogan, que se echarían en medio de las llamas ardientes para salvar al que carece de ayuda. La historia de las sociedades modernas prueba ampliamente esto. Todavía hay fundadores de instituciones caritativas para los enfermos y los abandonados. Todavía hay hombres dispuestos á sacrificarse en paz ó en guerra para la ayuda de los demás.

Cuando el venerable mariscal de Mouchy fué llevado

á la guillotina, por haber protegido á sacerdotes y á otras víctimas devotas durante la primera Revolución francesa, se oyó una voz en la multitud que decía: « ¡Valor, Mouchy! ¡Valor, Mouchy! » El héroe se volvió hacia los que estaban á su lado, y dijo: « Cuando tenía sesenta años subía á la brecha por mi rey, y ahora que tengo ochenta y cuatro, no me faltará valor para subir al cadalso por mi Dios. »

Pero aún podemos citar un ejemplo no menos honroso de la vida y muerte de un hombre de nuestros tiempos. No de un soldado acostumbrado á desafiar peligros diarios, sino de un literato, de un profesor de árabe de Cambridge. Eduardo Enrique Palmer, fué un hombre extraordinario. Era un gran erudito y filólogo. Conocía la mayor parte de las lenguas orientales, y podía hablar la germanía ó caló, como cualquier gitano. A todas estas perfecciones reunía la de ser un hombre esforzado, valiente y lleno de buen humor. Todos los que le conocían le amaban y respetaban. Cuando se proyectó en 1882 la expedición inglesa á Egipto, el profesor Palmer fué nombrado por el gobierno, en compañía del capitán Gill y del teniente Cárington para ir á dicho país con el propósito de comprar camellos y de decidir á los beduinos á unirse á la causa de los ingleses. Habiéndose internado en el país, cerca de Agún Musa, la comitiva fué atacada por una cuadrilla de bandoleros, y al cabo de pocos días los condenaron á ser asesinados, y todos murieron con valor. « Es un honroso recuerdo, dice el biógrafo de su vida, que deben amar los eruditos; pues cuando hubo que llevar á cabo una obra difícil y peligrosa, el único que la pudo realizar, no fué un soldado sino un hombre de letras, no un hombre de fuertes brazos,

sino de cerebro vivo y de lengua elocuente. En la dirección de la misión y en su valerosa muerte, mostró Palmer que un sabio puede ser también un héroe, y que el hombre que estudió bien, enseñó bien, escribió bien é hizo bien todo lo que emprendió, supo igualmente morir bien ¹.

Hasta en las cosas más pequeñas es útil el valor. Aunque uno no pueda ser un héroe, puede ser siempre un hombre. El valor arrostra y frecuentemente vence las dificultades de la vida. El valor nos permite aferrarnos á las buenas resoluciones, y evitar las malas; pagar nuestras deudas y no vivir á expensas de los demás; hablar francamente ó guardar silencio sobre lo que puede hacer daño á los demás; examinarnos á nosotros mismos y confesar nuestra ignorancia; admitir que hemos errado; descubrir nuestras faltas y mejorar nuestra conducta en cuanto es posible. El valor moral puede hacer todas estas cosas, aunque á primera vista parecen llenas de dificultad. Sólo el cobarde ha nacido esclavo. El hombre valeroso vive para aprender y aprende para vivir. Cuando hace lo que es recto y bueno, conquista el respeto de la humanidad; y aun cuando así no fuese, el hombre que cumple lealmente con su deber, puede dispensarse de los elogios del mundo.

La señora es el complemento del caballero. Es el rayo de sol de vida en el hogar de todo hombre honrado. Es amable, tierna y caritativa. La palabra *lady* (en anglosajón, *hlæfhyge*) significaba en un principio *dadora de pan*. Ella es la que da el pan diario á los que la rodean y la que dispensa la caridad á los que

¹. *Athenæum*, 9 de julio de 1883.

la imploran. El amor es el origen de su poder y caridad, que, según el apóstol, « no desfallece jamás. » Éste es el verdadero elemento de su noble vida, y hace reinar un estío perpetuo en su alma. « El amor, dice Goethe, tiene el poder de dar en un momento lo que el trabajo puede alcanzar difícilmente en un siglo. » « El amor en sí mismo es una sabiduría, dice san Gregorio; es la fuente de todo amor verdadero, y por consiguiente de toda prudencia. » La cortesía del corazón procede del amor y se manifiesta en la conducta exterior.

« Si quieres saber por completo qué son buenos modales, aprende lo que enseñan las mujeres nobles. »

Tayllerand, decía de una mujer amable, que « la belleza era su menor encanto. » Es la ternura, la sinceridad, la veracidad, el honor en su trato, la deferencia hacia los demás, el sentido de la responsabilidad y las costumbres personales refinadas, lo que le presta sus mayores encantos. La belleza no es esencial; el sentimiento de los rasgos y de las formas desaparece en la rutina ordinaria de la vida doméstica. Pero el amor, la dulzura, la alegría, son los eslabones que unen entre sí la familia y la sociedad.

Hasta la mujer que trabaja puede ejercer con dignidad el señorío. No necesita indispensablemente estar con desahogo, ni menos aún ociosa y bien vestida, porque éstos no son atributos del señorío. Pero la mujer ordenada, cortés y pacientemente trabajadora, que se ocupa en el conveniente empleo de los medios de que dispone, y que al mismo tiempo ofrece á su familia un inteligente y digno ejemplo, tiene prácticamente más que hacer y facultades más agradables que ejercitar

que su esposo que gana el pan cotidiano. Las madres, más que los padres, tienen que atender á la formación de una infancia feliz y de una humanidad heroica; son también las encargadas de modelar y cultivar esas cualidades que han de hacer de sus hijas esposas dignas de hombres dignos. ¡Felices los hombres que tienen tales esposas! y ¡felices los hijos nacidos de tales madres!

La ley de la pureza, es una obligación universal lo mismo para los hombres que para las mujeres; pero debemos á la mujeres, más que á los hombres, el mantener el estandarte de la pureza. Las mujeres están, en su mayor parte, alejadas de las influencias de la vida exterior; no se ven acosadas por la lucha, el aburrimiento y las rivalidades del mundo; y los hombres vuelven á su lado para buscar paz, comodidad y consuelo.

Así como las mujeres tienen en su mano el elevar y nivelar la sociedad, así también pueden degradarla y rebajarla. Teodota se vanagloriaba ante Sócrates de que era capaz de quitarle todos sus discípulos. « Es posible, dijo el sabio; porque los haces bajar por una pendiente fácil, mientras que yo los obligo á subir á la virtud, pendiente ardua y desconocida de la mayor parte de los hombres. » Unos dos mil años después, como no ha cambiado la naturaleza humana, Tomás Carlyle, el moderno Sócrates, hizo una observación semejante: « Seguramente, dijo, llegará un día en que se conozca lo que es la virtud en la pureza y continuidad de la vida. »

CAPÍTULO II

GRANDES HOMBRES. — GRANDES TRABAJADORES.

Cuanto más trabaja un hombre, tanto más sabe. — SAN FRANCISCO DE ASÍS.

El día es desmesuradamente largo para quien no lo sabe apreciar y emplear. — GOËTHE.

Nada grande empezó por grandes comienzos. — JOSÉ DE MAISTRE.

Las palabras del Cristo hacen valientes á sus caballeros. — WYCLIFFE.

La fama, última debilidad de las grandes almas, es la espuela que excita á los espíritus elevados, para despreciar el deleite y vivir días laboriosos. — MILTON.

Yo sé que un noble espíritu puede, sin avergonzarse ni cometer delito, sacar de su trabajo un legítimo tributo. — BOULEAU.

El estado de civilización en que vivimos es en su mayor parte el resultado de los trabajos pasados. Todo lo que es grande en moral, en inteligencia, en arte y en ciencia, ha sido impulsado hacia la perfección por los trabajadores que nos han precedido. Cada generación añade su contribución á los productos de las pasadas; y la acumulación de los conocimientos y ciencias se transmiten con intereses á las generaciones sucesivas.

Los trabajadores intelectuales, que « son los prime-